

## XIV

Apénas se sentó en el banco de los acusados, le preguntaron si tenia defensor, y contestó que para tal encargo habia elegido á un amigo; pero que no viéndole en aquel recinto, creía que le habia faltado el valor necesario. El presidente le nombró un defensor de oficio, que fué el jóven Chauveau-Lagarde, ilustre despues por la defensa de la reina, y conocido ya por su elocuencia y valor, en el tiempo y en las causas en que el defensor compartia los peligros del acusado. Esta eleccion del presidente indicaba un remoto pensamiento de salvacion. Chauveau-Lagarde se colocó en la barra. Carlota le dirigió una mirada escrutadora é inquieta, como si temiese que para salvar su vida el defensor sacrificase algo de su honor.

La viuda de Marat prestó su declaracion entre continuos sollozos. Carlota, conmovida por el dolor de esta mujer, acortó su declaracion exclamando: «Sí, sí; yo soy la que le asesiné». Refirió en seguida que la concepcion de su proyecto contaba ya tres meses; declaró su intencion de herir al tirano en medio de la Convencion, y la estratagema á que recurriera para acercarse á Marat. «Convengo—dijo humildemente—en que este medio no era digno de mí; pero era necesario aparentar cariño á ese hombre para colocarle al alcance de mi puñal.» «¿Quién os ha inspirado tanto odio contra Marat?» «Inútil me era el odio de los demas; me bastaba el mio: no favorece el buen éxito cuando se adoptan otras ideas que no son las propias.» «¿Qué aborreciais en él?» «Sus crímenes.» «Y dándole la muerte, ¿qué esperábais?» «Dar la paz á mi patria.» «¿Creeis acaso haber asesinado á todos los Marats?» «Muerto aquél, temblarán tal vez los otros.» Se le presentó el cuchillo para que le reconociese, y lo rechazó expresando disgusto. «Sí,—dijo,—le reconozco.» Pasado el calor del crimen, se le hacía éste odioso en el instrumento que lo habia consumado. «¿Qué sujetos visitábais ú os visitaban en Caen?» «Poca gente; veia á Larue, oficial municipal, y al cura de San Juan.» «En Caen, ¿os confesábais con sacerdotes juramentados ó no juramentados?» «Ni con los unos, ni con los otros.» «¿Cuándo formásteis vuestro designio?» «Despues de la jornada del 31 de Mayo, en la que se prendió aquí á los diputados del pueblo. He muerto un hombre para salvar cien mil. Era republicana mucho ántes que la revolucion.»

Carearon á Fauchet con Carlota. «Sólo conozco á Fauchet de vista,—dijo ésta con desden;—le considero hombre falto de hábitos morales y sin principios, y le desprecio.» El acusador le echó en cara el haber dirigido el golpe de arriba hácia abajo para que fuese más seguro, diciéndole que era forzoso, sin duda ninguna, que estuviese habituada al crimen. A esta suposicion que desconcertaba todos sus pensamientos, comparándola á los asesinos de profesion, arrojó una exclamacion de vergüenza. «¡Monstruo!—gritó.—¡Me toma por un asesino!»

Fouquier-Tinville reasumió los debates, y pidió la muerte.

Levantóse el defensor. «La acusada—dijo—confiesa el crimen, confiesa su larga premeditacion, y tambien las circunstancias de más peso. Ciudadanos, he aquí su defensa entera. Esa calma imperturbable, esa completa abnegacion de sí misma, que no revelan ningun remordimiento ante la muerte, esa calma y abnegacion que, aunque sublimes bajo un aspecto, no lo son en la naturaleza, sólo pueden explicarse teniendo en cuenta la exaltacion del fanatismo que ha puesto el

puñal en su mano. A vosotros toca juzgar la influencia que un fanatismo de esta clase debe ejercer en la balanza de la justicia. Apelo á vuestras conciencias.»

Los jurados votaron por unanimidad la pena de muerte. Sin palidecer oyó Carlota la sentencia. Habiéndole preguntado el presidente si tenia algo que alegar respecto á la naturaleza de la pena que se le habia impuesto, desdenó responder, y acercándose á su defensor, le dijo con penetrante y dulce voz: «Caballero, me habeis defendido segun mis deseos, y os doy gracias. Os soy deudora de un testimonio de mi reconocimiento y de mi cariño, y os le ofrezco digno de vos. Esos señores (señalando á los jueces) acaban de declarar mis bienes confiscados; debo



Carlota Corday registrada por Chabot.—Pág. 57.

alguna cantidad en la cárcel, y os lego esta deuda á fin de que la satisfagais por mí».

Durante el interrogatorio, y miéntras que los jurados tomaban acta de sus contestaciones, notó en el auditorio un pintor que dibujaba su fisonomía. Sin interrumpirse, habíase vuelto complacida y sonriéndose hácia el artista para que pudiese retratar mejor su imágen. Pensaba en la inmortalidad. Descansaba ya ante el porvenir.

Detras del pintor, un jóven cuyos cabellos rubios, ojos azules y pálido rostro atestiguaban ser hijo del Norte, se levantaba de puntillas á fin de contemplar más á su sabor á la acusada. Tenia los ojos clavados sobre ella, como un fantasma cuya mirada hubiese adquirido la inmovilidad de la muerte. A cada contestacion de la jóven, el sentido viril y el tono femenino de esta voz le hacian sentir frio calentamiento y cambiar de color. Parecia devorar con sus ojos sus palabras y asociarse por la accion, por la actitud y el entusiasmo á los sentimientos que la acusada expresaba. Muchas veces, no pudiendo contener su emocion, provocó por exclamacion

maciones involuntarias los murmullos del auditorio y la atención de Carlota Corday. En el momento en que el presidente pronunció la sentencia de muerte, levantóse el joven con la actitud de un hombre que protesta en su corazón, sentándose repentinamente como si las fuerzas le faltasen. Carlota, aunque insensible á su propia suerte, vió este movimiento. Comprendió que en el instante en que todo sobre la tierra la abandonaba, un alma se confundía con la suya, y que en medio de aquella multitud indiferente ó enemiga contaba con un amigo desconocido. Su mirada le dió las gracias. Fué la sola plática que en este mundo tuvieron.

Aquel joven desconocido era Adam Lux, republicano alemán enviado á Paris por los revolucionarios de Maguncia para combinar los movimientos de Alemania con los de Francia en la comun causa de la razón humana y de la libertad de los pueblos. Sus ojos siguieron á la acusada hasta el momento en que desapareció, entre los sables de los gendarmes, bajo la bóveda de la escalera. Su pensamiento no la abandonó jamás.

## XV

De vuelta ya en la Conserjería para salir en breves instantes hácia el cadalso, Carlota Corday sonrió ante sus compañeros de cárcel, que estaban alineados en los patios y corredores para verla pasar. Al alcaide le dijo: «Creía que almorzaríamos juntos; mas los jueces me han tenido allá arriba tan largo tiempo, que es necesario me perdoneis el haber faltado á mi palabra». Entró el verdugo. Pidióle un momento para acabar una carta principiada. Esta carta no muestra ni debilidad ni enternecimiento: es el grito de la amistad indignada, que quiere dejar un cargo inmortal á la cobardía de un abandono. Diríjase á Doulcet de Pontecoulant, á quien había conocido en casa de su tía, y á quien creía haber invocado en balde para defensor. Hé aquí la esquila: «Doulcet de Pontecoulant es un cobarde por haber rehusado defenderme, cuando la cuestión era tan clara. El que lo ha hecho ha llenado su encargo con toda la dignidad posible. Mi reconocimiento para con él durará hasta mi último momento». Esta venganza hería sin razón al que acababa desde el borde de la tumba. El joven Pontecoulant, ausente de Paris, no había recibido su carta. Para contar con la seguridad de su aceptación hasta atender á su generosidad y valor. Carlota llevó al cadalso un error y una injusticia.

## XVI

El artista que había bosquejado la fisonomía de Carlota Corday ante el tribunal era Mr. Hauer, pintor y oficial de la guardia nacional de la sección del Teatro Frances. Encerrada en el calabozo, rogó al alcaide le dejase entrar para concluir su obra. Mr. Hauer fué introducido. Dióle gracias Carlota por el interés que parecía tomar por su suerte, y se situó con serenidad ante él. Se hubiese dicho que permitiéndole transmitir sus facciones y fisonomía á la posteridad, le encargaba igualmente el transmitir su alma y patriotismo visibles á las generaciones venideras. Habló con Mr. Hauer de su arte, del acontecimiento del día y de la paz que originaba el acto que había consumado. Habló de sus amigos de la niñez en Caen,

y rogó al artista que copiase más en pequeño el retrato que ejecutaba, y que enviase la miniatura á su familia.

Durante esta conversacion, entrecortada algunos momentos, oyóse golpear lentamente á la puerta del calabozo, que se hallaba detras de la acusada. Abrieron la puerta y se presentó el verdugo. Carlota, volviéndose al ruido, vió las tijeras y la túnica colorada que el ejecutor tenía bajo el brazo. Su rostro palideció y tembló de horror á la vista de este traje. «¡Tan pronto!»—exclamó involuntariamente. Rehízose al momento, y arrojando una mirada al retrato, aún no concluido, dijo al artista con una sonrisa triste y bondadosa: «Caballero, no sé cómo recompensaros el interés que os habeis tomado por mí; únicamente puedo ofrecer esto; conservadlo en memoria de vuestra bondad y de mi reconocimiento». Diciendo estas palabras, cogió las tijeras de la mano del verdugo, y cortando una trenza de sus largos cabellos rubios-cenicientos que se escapaban de la gorra, la presentó á Mr. Hauer. A estas palabras y ademán se asomaron las lágrimas á los ojos de los gendarmes y del verdugo.

La familia de Mr. Hauer posee aún este retrato, interrumpido por la muerte: la cabeza es lo que únicamente está pintado. Pero el pintor, que siguió mirando los preparativos del cadalso, quedó tan admirado del efecto del esplendor que la túnica encarnada añadía á la beldad del modelo, que despues del suplicio de Carlota la hermosteó con este traje.

Un sacerdote, autorizado por el acusador público, se presentó, según la costumbre, para ofrecerle los consuelos de la religión. «Dad gracias—le dijo con afectuoso donaire—á los que han tenido la atención de enviarnos, mas no tengo necesidad de vuestro ministerio. La sangre que he derramado y la mia que va á verterse son los solos sacrificios que puedo ofrecer al Eterno.» El ejecutor le cortó los cabellos, que ella recogió, mirándolos por última vez, entregándoselos á madama Richard; luégo le anudó las manos y le ciñó la túnica de los ajusticiados. «Ved—dijo sonriéndose—el tocador de la muerte hecho por manos algo rudas, pero que conduce á la inmortalidad.»

## XVII

En el momento en que subió á la carreta para marchar al suplicio, una tempestad estalló sobre Paris. Los relámpagos y la lluvia no dispersaron la multitud que obstruía las plazas, los puentes y las calles, tránsito del cortejo. Tropeles de mujeres encolerizadas la acompañaban con su maldición. Insensible Carlota á tales ultrajes, paseaba su mirar radiante de serenidad sobre el pueblo.

El cielo se había despejado. La lluvia ceñía sus vestidos sobre sus miembros, y dibujaba bajo el húmedo tejido los agraciados contornos de su cuerpo, como los de una mujer al salir de un baño. Sus manos atadas á la espalda la obligaban á levantar la cabeza, y esta contracción muscular daba más fijeza á su actitud, destacando las curvas de su talle. El sol, pronto á ocultarse, iluminaba su frente con sus rayos semejantes á una aureola. El colorido de sus mejillas, que resaltaba con los reflejos de la colorada túnica, daba á su rostro un esplendor que ofuscaba la vista. Ignorábase si era el apoteosis ó el suplicio de la beldad lo que originaba este tumultuoso cortejo. Robespierre, Danton y Camilo Desmoulin habían salido al

tránsito para verla. Cuantos sentían el presentimiento del asesinato tenían curiosidad para estudiar en su fisonomía el fanatismo que mañana podía amenazarles. Carlota se semejaba á la venganza celeste satisfecha y transfigurada. A veces parecía buscar entre aquellos millares de rostros una mirada simpática sobre la que pudiese reposar la suya. Adam Lux aguardaba la carreta á la entrada de la calle de San Honorato, y siguió piadosamente las ruedas hasta el pié del cadalso. Imprimió en su corazón, dice él mismo, aquella inalterable tranquilidad en medio de los bárbaros aullidos de la multitud, aquella mirada tan dulce y penetrante, aquellos resplandores vivos y lánguidos que huían como pensamientos inflamados de sus bellos ojos, con los que hablaba un alma tan varonil como tierna. «Ojos encantadores capaces de conmover una roca,—exclamaba.—Recuerdos únicos é inmortales,—añadía,—que rompieron mi corazón y le llenaron de emociones hasta entonces desconocidas; emociones cuya dulzura, así como el pesar, sólo morirán al exhalar yo el último aliento. Santificad el sitio de su suplicio y elevad en él una estatua que diga: *¡Más grande que Bruto!* Morir por ella y como ella ser abofeteado por la mano del verdugo, sentir al dejar el mundo el frío del mismo cuchillo que cortó la angélica cabeza de Carlota, asemejarme á ella en el heroísmo, en la libertad, en el amor y en la muerte: ved desde ahora mis únicos votos. Jamás me igualaré á aquella sublime virtud; mas acaso, ¿no es natural que el objeto adorado sobrepuje al adorador?»

De este modo, un amor entusiasta é inmaterial, muerto con la última mirada de la víctima, la acompañó, sin saberlo, paso á paso hasta el cadalso, disponiéndose á seguirla para alcanzar con su guía y su ideal la eterna unión de las almas. Paróse la carreta. Carlota palideció al ver el instrumento del suplicio. Recobró prontamente sus colores naturales, y subió los resbaladizos escalones del cadalso con un paso tan firme y tan ligero como le permitían su túnica y sus manos atadas. Cuando el ejecutor, para descubrir su cuello, arrancó la pañoleta que cubría su pecho, el pudor humillado le causó más emoción que la cercana muerte; pero recobrando su serenidad, y animada por un fervor casi gozoso, presentó su cuello bajo el hacha, y su cabeza rodó dando botes. Uno de los ayudantes del verdugo, llamado Legros, tomó la cabeza con una mano, abofeteándola con la otra; vil adulación ofrecida al pueblo. Dícese que las mejillas de Carlota se enrojecieron, como si la dignidad y el pudor hubiesen sobrevivido un momento al sentimiento de la vida. La irritada multitud no aceptó el homenaje. Una sensación de horror recorrió la muchedumbre y pidió venganza de esta indignidad. Sin embargo, la violación de la humanidad no paró en esto. La curiosidad infame de las maratistas buscó hasta en los restos inanimados de la jóven pruebas del vicio con el que sus calumniadores querían profanarla. Su virtud encontró un testimonio donde sus enemigos buscaban el deshonor. Esta profanación de la beldad y de la muerte atestigua la inocencia de sus hábitos y la pureza de su cuerpo.

## XVIII

Tal fué el fin de Marat. Tales fueron la vida y muerte de Carlota Corday. La historia no se atreve á santificar ante el asesinato, ni á condenar ante el heroísmo. El juicio sobre tal acto sitúa el alma en esa congojosa alternativa de despreciar la

virtud ó loar el crimen. Como el pintor que, temiendo no dar la expresión compleja de un sentimiento mixto, arroja un velo sobre la figura de su modelo y deja un problema al espectador, es necesario arrojar este misterio para debatirlo eternamente en el abismo de la conciencia humana. Existen cosas que el hombre no debe juzgar, y que suben sin intermediación ni llamamiento al tribunal directo de Dios. Hay actos humanos en tal manera mezclados de debilidad y fuerza, de inten-



Carlota Corday conducida al cadalso.—Pág. 67.

ción pura y medios culpables, de error y de verdad, de muerte y martirio, que no pueden calificarse con una sola palabra, y que no se sabe si llamarles crimen ó virtud. La culpable abnegación de Carlota es del número de estos actos, que la admiración y el horror dejarían eternamente en duda si la moral no los reprobase. Por lo que á nosotros toca, si encontrar pudiésemos para esta sublime libertadora de su país y para este generoso asesino de la tiranía un nombre que á la vez encerrase el entusiasmo de nuestra emoción hacia ella y la severidad de nuestro juicio respecto á su acto, crearíamos una palabra que reuniese los dos extremos de la admiración y del horror en la lengua de los hombres, y la llamaríamos el ángel del asesinato.

## XIX

Pocos dias despues del suplicio, Adam Lux publicó la apología de Carlota Corday, y se asoció á su atentado para asociarse á su martirio. Arrestado por esta audaz provocacion, fué encerrado en la Abadía. Lux exclamó al pasar el umbral de la cárcel: «¡Voy á morir por ella!» Así fué, en efecto; murió bien pronto, saludando como el altar de la libertad y del amor el cadalso que la sangre de su amiga habia consagrado.

El heroísmo de Carlota Corday fué loado por Andres Chenier, quien bien pronto debia morir por la patria comun de las grandes almas: la verdadera libertad. La poesía de todos los pueblos se apodera del nombre de Carlota Corday para amedrentar á los tiranos. «¿Qué tumba es ésa?—canta el poeta aleman Klopstock.— Es la tumba de Carlota. Vamos á coger flores y á deshojarlas sobre sus cenizas, porque ha muerto por la patria.—No, no, no cojais nada.—Vamos á buscar un desmayo y á plantarle sobre el césped, porque ha muerto por la patria.—No, no, no planteis nada, pero llorad, y que vuestras lágrimas sean de sangre, porque ha muerto en vano por la patria.»

Al saber desde su cárcel el crimen, la sentencia y muerte de Carlota Corday, Vergniaud exclamó: «Ella nos mata, pero nos enseña á morir».

## LIBRO CUARENTA Y CINCO.

Apoteosis de Marat.—Los girondinos abandonan la Normandía.—Sus diversos destinos.—Retirada de los ejércitos franceses.—Sométense los departamentos insurreccionados.—Custine es llamado á Paris.—Robespierre combate la anarquía.—Descontento de Danton.—Robespierre desarrolla sus teorías.—Reorganizacion del comité de salud pública.—Domina en él Robespierre.—Fiesta de la nueva Constitucion.—Manifiesto á la Convencion.—Decretos.—Movimiento de los patriotas.—Excesos.—Suplicios.—Máximum.—Reorganizacion del tribunal revolucionario.—Merlin de Douai.—Ley de los sospechosos.—Prisiones insuficientes.—El Terror.—Su objeto.

## I

La virtud más pura se engaña siempre en sus deseos cuando se vale de la mano y el arma del crimen. La sangre de Marat embriagó al pueblo. La Montaña, Robespierre y Danton, dichosos por verse libres de aquel rival en quien temian su imperio sobre la multitud, arrojaron su cadáver al populacho para que hiciese de él su ídolo. Sus funerales más parecieron una apoteosis que un duelo. La Convencion dió el culto de Marat en diversion á la anarquía. Al que se avergonzaba de contarle como colega, le dejó que le tratase como á un dios. La misma noche que siguió á su muerte fué el pueblo á colgar coronas en las puertas de su casa. La municipalidad mandó colocar su busto en la sala de sesiones. Las secciones fueron en procesion á llorar á la Convencion y á pedir el Panteon para sus cenizas. Otros pidieron que su cuerpo embalsamado se pasease por los departamentos y hasta los límites del mundo; otros, en fin, que se erigiese una tumba vacía bajo los árboles de la libertad plantados en todas las municipalidades de la república. Unicamente Robespierre intentó moderar esa idolatría en los Jacobinos. «A mí tambien—dijo—me están reservados los honores del puñal. Sólo la casualidad ha determinado la prioridad, y mi caída avanza á grandes pasos.»

La Convencion decretó que asistiría en masa á las exequias. El pintor David las ordenó. Plagiarío de la antigüedad, quiso parodiar los funerales de César. Mandó colocar el cuerpo de Marat en la iglesia de los Franciscanos, sobre un catafalco cubierto con su camisa ensangrentada. El puñal, el baño, el tajo, el tintero, las plumas, los papeles, estaban esparcidos junto al cuerpo, como armas del filósofo y testigos de su indigencia. Las diputaciones de las secciones se sucedieron con arengas, inciensos y flores alrededor del cadáver, y allí pronunciaron terribles juramentos.

## II

El cortejo fúnebre, alumbrado por antorchas, se puso en marcha al anochecer, y no llegó hasta las doce al sitio que debia servir de tumba. Para dar descanso á